

Sobre la rebelión escobarista, el ejército y la situación política del país

Esta sección contiene unas declaraciones de Plutarco Elías Calles en defensa del ejército nacional, después de la rebelión escobarista de marzo de 1929, así como algunos comentarios sobre la situación política del país. Este documento se encuentra localizado en:

1. Gaveta 8 bis, expediente 28

1



DECLARACIONES DEL GENERAL PLUTARCO ELÍAS CALLES SOBRE LA REBELIÓN ESCOBARISTA, EL EJÉRCITO Y LA SITUACIÓN POLÍTICA DEL PAÍS (Junio 1929)

Al aceptar el señor presidente de la República mi súplica de que diera por concluida la comisión que se había servido conferirme como secretario de Guerra y Marina, en virtud de la rebelión militar de marzo último y de la grave enfermedad del señor general Amaro, entonces al frente de dicha Secretaría de Estado, y al volver, por tanto, a la vida privada que decidí llevar desde la conclusión de mi gobierno, deseo dirigirme a mis compañeros de armas, los miembros del ejército nacional, y hablar también, en el mismo documento, a la familia revolucionaria toda, ya que los soldados de nuestro ejército actual no son sino un fragmento de dicha familia y deben estar perfectamente identificados con sus aspiraciones e ideales de mejoramiento colectivo y de engrandecimiento de la patria.

Deseo comenzar estableciendo que no considero —por la rebelión de marzo— defraudada mi confianza en el ejército, cuando me constituí, en momentos solemnes, en fiador de la conducta noble y desinteresada de esta institución, porque la rebelión de marzo no fue, afortunadamente, crimen del ejército nacional, ni puede en justicia considerarse como mancha de esta institución revolucionaria, sino como aventura de algunos jefes ambiciosos, que por sus características mentales y de conducta, podían considerarse ya, desde antes de su defección, como definitivamente divorciados de nuestro movimiento revolucionario social, y que sólo lograron arrastrar, por un equívoco concepto de disciplina y de deber, a minorías del ejército. Y precisamente quiero insistir sobre este punto, señalando la dolorosa injusticia, inevitable, de que

sean los oficiales y en general todos los jefes subalternos, los que sufran constantemente las consecuencias de la deslealtad de sus malos jefes, quienes, cuando se lanzan a la rebelión, tienen ya de antemano, casi siempre, resuelto el problema de su retirada y de la salvación de sus vidas y fortunas, en tanto que entregan, sin el menor sentimiento de pundonor o de hombría, a los jefes subalternos y a la oficialidad, o a la muerte, o a una vida de deshonra, de obscuridad y de miseria, con lo que pagan fatalmente el grave error de haber aplicado, para norma de su conducta en los movimientos rebeldes, las reglas precisas de disciplina y de obediencia que la ordenanza y las leyes militares no pretendieron establecer nunca para aquellos casos en que, faltando a sus deberes los altos jefes del ejército, pretenden usar, para satisfacción de sus ambiciones personales, los elementos de hombres y de armas que la nación puso en sus manos única y exclusivamente para la guarda de las instituciones y del decoro del país.

Es preciso que llegue a la conciencia de todos los miembros de nuestro ejército nacional que en tales casos no solamente no los obliga a seguir a un jefe desleal, su deber de subordinados, ni su honor de soldados, sino que, por el contrario, ellos, los jefes subalternos y la oficialidad, deben ser los primeros en castigar con toda energía intentos de esa naturaleza, haciendo así imposibles, de toda imposibilidad, los movimientos militares que, sin finalidad social ni propósitos que respondan a indiscutibles anhelos o a necesidades reales de las grandes mayorías, resultan de burdas conspiraciones de jefes confabulados criminalmente para asestar golpes de mano contra la vida de las instituciones nacionales y de los gobiernos que las representan.

Afortunadamente, repito, los acontecimientos que acaban de desarrollarse han probado hasta la evidencia que no sólo no tuvo repercusión el movimiento rebelde en las grandes masas del país, que estuvieron siempre decidida-



20

mente del lado del gobierno legítimo, sino que hubo elementos numerosos, *dentro de las mismas organizaciones militares arrastradas a la defección*, que supieron cumplir con su deber desde un principio, y quedó demostrado también, por la conducta leal y valerosa de todos los demás jefes, oficiales y tropa del ejército nacional, que hay razones suficientes para sentirse cada vez más optimistas y para considerar ya como una verdadera institución de naturaleza orgánica a ese ejército nacido de la Revolución.

No juzgo fuera de oportunidad recordar, como lo hice en mi mensaje presidencial de septiembre último, los sacrificios de todo orden que ha sido preciso hacer para dignificar a esta institución revolucionaria y para elevarla a la envidiable altura moral y material en que se encuentra, y pasada la última grave crisis en el proceso de depuración de nuestro ejército, es indispensable que cada vez con mayor atención y energía todos los miembros de él, cualquiera que sea su grado, velen celosamente por conservar incólume esa posición y ese prestigio.

Nunca hemos creído que debe el campo político ser vedado para los altos jefes del ejército, pero creímos siempre y cada vez se robustece más nuestra convicción, que sólo es digna la actitud de un militar político cuando pone en manos del gobierno de la nación los elementos militares que trvo a su cuidado, antes de cambiar sus actividades en el ejército por actividades en la política. De

otro modo, y convertidos altos jefes del ejército en factores políticos que usan para el triunfo de su opinión o de su ambición política, legítima o ilegítima, la fuerza militar confiada a ellos para fines muy distintos de la política, se llega fatalmente al resultado de convertir al ejército en núcleos de hombres armados que manejen a su antojo reales conspiradores, y no sólo produce esta situación la decadencia material y moral del ejército, sino trae consigo, fatalmente, el distanciamiento del pueblo de esa institución, en la que ya no puede ver el sostén de los legítimos organismos de gobierno ni el guardián del decoro nacional en los conflictos de orden externo, sino que tiene que considerarla como un amo brutal e intolerable que aboga toda aspiración popular, todo impulso de libertad y todo sentimiento democrático.

Pero no sería yo justo si al hablar de los graves defectos de que han adolecido algunos altos jefes militares, y de los peligros que su conducta ha encarnado, no señalara también en este mensaje al ejército y a la opinión revolucionaria de México, algunos de los graves errores políticos que ha cometido la Revolución, que hemos cometido los hombres de la Revolución, y que es preciso rectificar, y rectificar sincera y valientemente, si no queremos que por culpa nuestra la Revolución llegue a fracasar, si no materialmente, sí de modo definitivo en las conciencias.

Me refiero al fracaso político de la Revolución.

La Revolución, el movimiento material y moral que viene operándose en nuestro país desde 1910, ha sido un éxito, a nuestro modo de ver, en el campo económico-social, y no creemos que pueda culpárseles de vanidosos (por la parte de responsabilidad o de insignificante mérito que podamos haber tenido en este punto) si afirmamos que también en el terreno administrativo y constructivo de la política ejecutiva del gobierno federal y de algunos gobiernos locales no ha fracasado la Revolución. Pero en el campo meramente político, en el terreno democrático, en el respeto al voto, en la pureza de origen de personas o de grupos electivos, ha fracasado la Revolución.

El país ha sido profundamente sacudido por la convulsión de orden económico-social; nada ni nadie podrá destruir la obra lograda; las conquistas revolucionarias a estos respectos están firmemente grabadas en la conciencia popular; selladas, ratificadas por las necesidades muy reales de las grandes masas proletarias del país, y nos atrevemos a asegurar que ya ni la reacción —ni la parte inteligente de la reacción—, discute la conveniencia, la necesidad, la fatalidad misma de estas conquistas de orden económico-social que forman ya parte integrante no sólo de nuestros textos constitucionales y de sus leyes derivadas, sino de la realidad social del instante y del sentimiento nacional mismo. En esta materia, la fe de las grandes masas del país en los gobiernos revolucionarios, ha sido y es irrompible; su identificación, particularmente con el Poder Ejecutivo Federal, ha sido perfecta; pero ni antes, ni ahora hemos podido conseguir todavía el saneamiento material y moral indispensable para que el triunfo social de la Revolución, indiscutible, sea también éxito de naturaleza política.

Basta ponerse en contacto honradamente con las grandes masas de la población mexicana, con las campesinas muy particularmente, para sentir, desde luego, que si la mayoría del país respalda al Ejecutivo Federal y si las grandes masas proletarias reconocen la acción evidente de beneficio social y económico de la Revolución, por la sincera y enérgica identificación del Ejecutivo Federal con esos principios de orden económico-social, en un tanto por ciento muy grande de los casos, no ya la opinión reaccionaria o enemiga, sino la misma mayoría revolucionaria del país, repudia abiertamente fórmulas y formas de orden político, y discute o niega la legitimidad de numerosos y diversos representantes de la autoridad, y siente que, lo mismo en los ayuntamientos que en las cámaras locales, que en los gobiernos de los estados y que en las cámaras federales, no ocupan sus puestos por elección popular muchos de nuestros políticos. Y de esta convicción, que se traduce naturalmente en impopularidad de autoridades, en desprecio para otras, y en un sentimiento de desconsuelo, de real y generalizado escepticismo político, perfectamente explicable, resulta un estado de pasividad aparente de verdadera inercia nacional en materia política, sólo interrumpida o sacudida por acciones y reacciones locales, por murmuraciones constantes y por constantes desconfianzas justificadas que son, como es natural, fácil abono para hacer germinar propósitos sediciosos o propagandas subversivas de cualquier orden.

En estas condiciones, la verdad, la verdad honrada es que el país sigue a los gobiernos en las crisis políticas o militares, como la de marzo último, *casi única y exclusivamente por confianza en el Ejecutivo Federal*; porque siente y sabe que los gobiernos revolucionarios del cen-

tro, representados en último extremo por el presidente de la República, aun con todas las lacras y deficiencias de muchos de los componentes de gobiernos locales, de ayuntamientos o de poderes federales, garantizan la estabilidad de las conquistas de orden económico-social; y van al campo de la lucha, si es preciso, las masas campesinas y obreras y saben morir generosa y denodadamente por conservar esas conquistas, aunque amargue su sacrificio la enorme desilusión de orden político que hay en ellas.

No necesito decir que estas verdades dolorosas hay que reconocerlas y proclamarlas si queremos que puedan ser corregidos nuestros graves errores alguna vez; si deseamos que la familia revolucionaria pueda llegar a sentirse perfectamente unida e identificada en aspiraciones, ya no sólo de orden económico y social, sino también político; si queremos, por último que el Partido Nacional Revolucionario, que ha nacido de mi llamamiento al país a una vida institucional, pueda cumplir correctamente con los deberes de un verdadero partido político.

Ahora bien; voy a explicar por qué me refiero al Partido Nacional Revolucionario. Los errores de orden político que vengo considerando; el fracaso político real de la Revolución que no he vacilado en señalar, está fuera de la acción del Ejecutivo Federal. Aunque se reconozcan y se palpén las maniobras encaminadas a burlar el voto, resulta casi imposible para la primera autoridad del país poner el remedio; porque los resultados de orden electoral se presentan revestidos con todas las formas y aspectos aparentes de la más perfecta legalidad y porque adelantarse a los resultados de una farsa electoral tendría el peligro de que se considerara la intromisión del Ejecutivo como un propósito de imposición, para hacer, por su cuenta, una maniobra electoral interesada, bajo la apariencia de un correctivo a la maniobra electoral que se intentara combatir.

Es un verdadero círculo vicioso que envuelve y ata a los encargados del Poder Ejecutivo, sin contar con los mil aspectos de soberanía, de independencia de poderes, de organizaciones institucionales autónomas, en cuya formación y desarrollo no puede influir legalmente un gobernante, aunque, repito, le conste el aspecto de falsedad o de burla que preside de ordinario a muchos de los actos de la creación electoral de esos organismos.

Por esto, porque el correctivo, porque el saneamiento material y moral de orden político a que vengo refiriéndome, sólo puede resultar de la acción, del juego de verdaderos partidos políticos, y porque, naturalmente, la responsabilidad, ante la opinión revolucionaria, tiene que recaer en las organizaciones políticas de matiz o de carácter revolucionario, es por lo que señalo, para la parte de acción y de responsabilidad futuras que corresponde a la familia revolucionaria, al Partido Nacional de esta tendencia, en el que se han fundido la mayor parte, si no la casi totalidad de las agrupaciones políticas de ideología avanzada, y corresponde, por tanto, a ese partido, reparar los errores que la Revolución haya cometido en materia política.

Tienen también naturalmente los demás grupos o partidos no revolucionarios o no identificados con el Partido Nacional Revolucionario, por su inercia, por su indiferentismo o por su falta de vigor, su parte de responsabilidad en el fracaso político que considero, por lo que ratifico en todas sus partes, mi mensaje presidencial a las Cámaras Federales del primero de septiembre último, en el que señalé la necesidad imperiosa de que en esas

Cámaras como en las locales se permita que estén representadas todas las tendencias y todos los intereses legítimos del país, con lo que tengo la más firme convicción de que no sólo no se ponen en peligro, sino se afirman y se hacen incommovibles, se consagran, en una palabra, las conquistas de la Revolución.

Que cada quien haga su parte en esta obra de depuración y de verdad política. No soy yo el indicado, ni tendría autorización ninguna al hacerlo, para pretender señalar derroteros a los demás grupos políticos; pero sí me considero en la obligación de señalarlos al Partido Nacional Revolucionario, cuyo programa de acción interna y externa constante debe consistir en hacer una enérgica depuración entre sus filas; en aprovechar la nueva oportunidad que se presenta de una paz material lograda con tanto sacrificio, para llegar a producir una verdadera paz en las conciencias; en satisfacer, por sus procedimientos y por una resolución sincera de respeto al voto, en satisfacer, digo, si no es posible a toda la opinión de la República, siquiera a la inmensa opinión revolucionaria de la mayoría del país que, entusiasmada y satisfecha por las conquistas legales y algunas veces materiales de orden económico-social, nos ha seguido, *aunque la hayamos defraudado en sus justas aspiraciones de orden político*; en aceptar todo triunfo legítimo de contrarios en política, así sean reaccionarios, así representen la más atrasada tendencia, seguros todos de que, como afirmé en mi mensaje presidencial, y como los hechos últimos han

venido a demostrarlo, la opinión revolucionaria del país se impondrá en la constitución legítima de mayorías, sin que haya necesidad para constituir estas mayorías de torcer el voto o de burlar la voluntad del país y de la familia revolucionaria, dando el triunfo, por resoluciones de camarillas, a elementos a los que no respalda la opinión, porque esta opinión —a la opinión revolucionaria me refiero— haya decidido inclinarse en favor de otros elementos que desee tener como sus representantes en las corporaciones municipales o en los gobiernos de los estados o en las Cámaras Federales o locales, o en la Presidencia misma de la República.

Sólo entonces; cuando el Partido Nacional Revolucionario se resuelva a no permitir que se escojan arbitrariamente o que se autoseñalen sus hombres, y busque en el pueblo mismo la real opinión revolucionaria que respalde a elementos de fuerza popular, y cuando ese Partido Revolucionario no sólo no acepte servir como medio o vehículo de imposición, sino luche y proteste contra las imposiciones de las camarillas, dentro de su seno, y cuando por esta conducta la conciencia revolucionaria del país esté también satisfecha en el terreno político, como lo está ahora en el campo de la reforma social, *sólo entonces podremos decir que hemos hecho triunfar integralmente, en las conciencias de la familia revolucionaria, a la Revolución Mexicana.*

General PLUTARCO ELÍAS CALLES [Rúbrica]

